



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

Trabajo Integrador Final

El malentendido en juego: ensayo sobre el decir en el análisis con niños.

Modalidad: Ensayo.

Alumna: Lascialandare, Alejandrina.

Legajo: L-5389/9.

DNI: 40.364.004.

Mail: alee.lascialandare@gmail.com

Año: 2024.

Docente responsable: Ps. Di Cosco, Rodrigo Nicolás.

Agradecimientos

Cada trazo, cada letra, cada renglón y cada idea de este escrito es solidaria con la imposibilidad de pensar a un sujeto exento del Otro. Por eso quiero agradecer a mis padres, quienes me quisieron tanto que me abrieron las puertas a la universidad pública. A mis amigas y amigos, me confiaron que la vida puede ser muchas cosas, entre ellas, hermosa. A Rodrigo y a Clara, por acompañarme y comprometerse conmigo en este último baile. A la universidad pública, por anidar un deseo (o varios) y transformar mediante el encuentro.

“Esto no anda sin construcciones auxiliares”
(Fontane, 1895, como se citó en Freud, 1991)

Gracias.

<u>Índice</u>	1
Resumen.....	3
Introducción.....	4
La regla fundamental: un escenario del malentendido.....	6
El niño, sus formas de decir, el malentendido.....	10
El juego del malentendido o el malentendido del juego.....	14

Reflexiones finales.....	18
Referencias bibliográficas.....	20

Resumen

El presente ensayo aborda el estatuto del malentendido estructural intrínseco al lenguaje en el marco del análisis con niños. El orden de sus apartados inicia con una indagación de la pregunta por *lo que quiere decir hablar* y las características de la regla fundamental analítica como escenario de la función del malentendido, para avanzar luego sobre las particularidades del decir del niño en el análisis. ¿Qué posición sostiene el analista frente al malentendido? ¿Qué particularidades tiene el decir del niño en tanto agenciado por el malentendido? Completa su recorrido con un tratamiento de las relaciones entre juego y decir. Si el jugar es un hacer cuya innegable regularidad la clínica analítica con niños ha llevado a un primer plano en el orden de la técnica: ¿Es el juego soporte de un decir

posible? ¿Puede el juego ser considerado como una puesta en acto del malentendido estructural? Este trabajo propone como hipótesis que el sujeto que interesa al análisis con niños es el que acontece jugando, lo que hace de la pregunta por sus relaciones con el decir un asunto crucial. Entre sus conclusiones recupera la potencia subjetivante que la posición del analista promueve al habilitar la emergencia de un decir singular que *se juega* bajo el ritmo propio que imponen las grietas del malentendido. Es por esta vertiente que pretende reivindicar al psicoanálisis como práctica discursiva que avanza por las vías de la discontinuidad y la disponibilidad a dejarse interpelar por las novedades y disrupciones que produce su propia práctica.

Palabras Clave: Malentendido; Lenguaje; Decir; Juego; Psicoanálisis. 3

Introducción

El presente trabajo integrador final propone pensar las particularidades del análisis con niños a partir de la dimensión subjetivante del malentendido en tanto función inherente a la estructura del lenguaje. La indagación de las diversas constelaciones bajo las cuales esta función del malentendido se presenta y ordena dentro del marco de la práctica analítica con niños conduce a una serie de preguntas que interpelan la posición misma del analista: ¿Qué implica subjetivamente que un niño hable en análisis? ¿Qué posición sostiene el analista frente a ese *decir* posible? Por otra parte, la escena del juego, tan característica de la práctica analítica con niños, ¿se encuentra articulada a la

dimensión del *decir* y su malentendido estructural? ¿De qué modo?

Frente a estos interrogantes resulta fundamental en primera instancia realizar una aproximación a la noción de *malentendido* en psicoanálisis. Jacques Lacan (2007a), en el escrito *Mi enseñanza* [1967], afirma que el *sujeto* que interesa al psicoanálisis no es el que se refiere a lo subjetivo ni a lo individual, sino aquel que se define estrictamente como efecto de la articulación significante y de las hiancias que esta introduce en lo real, cuyo único lugar de tratamiento se abre en el nivel del inconsciente. Se trata entonces de un sujeto que nace por el discurso y de sus fallas, efecto de deslizamientos y sustituciones significantes que traicionan la pretensión yoica de producir el dominio de un sentido unívoco. Esta equivocidad estructural del lenguaje se localiza de esta manera como uno de los elementos fundamentales para pensar la dimensión del malentendido que pone en acto la función del habla.

En un breve ensayo titulado *El malentendido. La naturaleza de la conjetura*, Juan Ritvo (2020) señala que “El malentendido es la imposibilidad de la comunicación que se expresa en la búsqueda de una comunicación indirecta que aspira, alguna vez, a volverse directa” (p. 26). El malentendido es entonces una imposibilidad entramada en las redes mismas del lenguaje. Una imposibilidad que pese a ser un imposible avanza una verdad en los tropiezos del decir: un imposible que posibilita. En esa dirección el autor retoma a Walter Benjamin para referirse al malentendido como *un ritmo*, el ritmo por el cual la verdadera realidad se abre paso en la conversación. Este ritmo se encuentra marcado por un movimiento particular de ida y vuelta, el cual traza las fragilidades de la pretendida rigidez, continua y lineal, a que aspira la significación. Este ritmo discontinuo encuentra su fundamento cuando la palabra del Otro, al inscribirse como memoria y recuerdo, produce una singular torsión del funcionamiento psíquico. Esa *singular torsión, meollo del malentendido*, no es otra que el pasaje del signo a una dimensión mixta y sobredeterminada, hecha de fragmentos compuestos y polifónicos, imágenes visuales y acústicas, interrupciones, reanudaciones, abreviaturas (Ritvo, 2020). Todo ocurre como si esa torsión habilitará el abanico de novedades y (de)formaciones donde la apertura fugaz del sujeto puede asomarse a partir de la afectación de la sorpresa.

El sujeto desde el psicoanálisis no es el que hace el discurso sino el que está hecho por el discurso, atrapado en él. Se trata del sujeto de la *enunciación*, diferente del sujeto del enunciado que puede localizarse en el *yo* del discurso que en tanto *shifter* solo puede indicar, pero no significar, la incidencia del primero (Lacan, 2007a). Germán García (2009) acentúa la noción de sujeto de Lacan como aquel que se encuentra dividido, escindido, indeterminado. Es un efecto (del lenguaje) y en tanto tal implica movimiento, ritmo. No se trata de una identidad cristalizada sino de lo que se escurre entre significantes. En este inviable control, García ubica el lugar de la verdad. La verdad en tanto ésta sólo puede *ser dicha a medias*, dado que decir la verdad de la verdad constituye un imposible para el hablante: “Soy dicho entre líneas como resto de la verdad” (p. 91). En las escansiones que marcan el ritmo del habla a través del *tempo* del malentendido, lo que Benjamin indicaba como el paso de la verdadera realidad de la comunicación, deviene emergencia de una verdad dicha a medias, en consonancia con el carácter entredicho del deseo inconsciente.

Peusner (2011) afirma que lo dicho siempre conlleva una diferencia respecto de la voluntad del hablante, y es el oyente quien verifica ese *decir*. Esa diferencia se produce

en el *entre* que indica el lugar activo de la hiancia del hablante y el oyente, hiancia entre lo que uno quiere decir y lo que efectivamente dijo, entre lo dicho y lo que el otro entendió de ello. La diferencia en cuestión fuerza la producción de un resto, resto que fundamenta la inconsistencia vivificante del sentido. “Algo queda retenido, a pura pérdida, opaco, indescifrable, algo que a distancia sigue solicitando cifrado y descifrado, que sigue impulsando el movimiento hacia el Otro” (Ritvo, 2020, p. 25). Este parece ser entonces el

fundamento del llamado al Otro, un llamado que si apela a encontrar la tranquilizadora y somnifera continuidad del sentido, no es por ello menos responsable de la discordia que produce el despertar.

Ricardo Rodríguez Ponte (1996) en su sugerente ponencia *¿Qué quiere decir hablar?* retoma al Lacan de *Variantes de la Cura tipo* [1955] para recordar que la expresión *lo que quiere decir*, dice suficientemente que no se lo dice. Esto es lo que da lugar a la división subjetiva como efecto constituyente en la función del *habla*: “Todo discurso bordea, circunscribe lo que no cesa de no decirse” (p. 8). Tal como señala Lacan (2007a) “La menor experiencia muestra justamente que lo que el otro está diciendo no coincide nunca con lo que dice” (p. 111). En esta escisión de *lo que uno quiere decir* con *lo que dice* -y por ende con lo que ha quedado fuera de la operación- se halla implicada otra de las caras principales que permiten circunscribir la cuestión del malentendido que desbarata la situación de comunicación entre hablante y oyente.

Continuando con el escrito *Variantes de la cura-tipo*, Lacan (2009b), respecto a este *quiere decir*, afirma que es de doble sentido y depende del oyente que sea el uno o el otro: ya sea lo que el hablante quiere decir por medio del discurso que dirige, o lo que ese discurso hace oír como diferencia en quien escucha. De ello se deriva que no hay sentido intrínseco al mensaje, sino que quien escucha es quien atribuye sentido a ese discurso. A este poder que la palabra otorga al lugar del oyente, Lacan lo llama *poder discrecional del oyente*. Poder del cual el analista se *apodera* “para llevarlo a una potencia segunda” (p. 318), dado que este no solo delimita la significación de lo dicho por el hablante sino que llega a definir su condición misma como hablante, esto es, la de sujeto constituyente capaz de sorprender, o por el contrario, la de un objeto constituido, encasillado y estandarizado de antemano (Rodríguez Ponte, 1996). Estas cuestiones resultan de una importancia crucial a la hora de pensar las vicisitudes de la posición del analista en la práctica con niños.

El analista no le cuenta al paciente lo que entendió de lo escuchado, no se presta a un acuerdo ilusorio que ahogaría así el registro del malentendido (Rodríguez Ponte, 1996). En cambio, como indica Juan Ritvo (2020), la puesta en juego de la presencia del Otro posibilita el desplazamiento o deslizamiento del sentido, que es la condición del malentendido. El analista le ofrece al analizante hablar de lo que se le ocurra sin cuidado por la coherencia, lo cual implica que el analizante se entregue a hablar sin saber lo que dice. Es por esta vía cómo se le ofrece al sujeto la chance de que pueda sorprender y sorprenderse, que pueda decir algo inédito.

Si la práctica analítica con niños se sostiene y tiene su fundamento bajo las coordenadas del malentendido estructural, es atendiendo entonces a esta dimensión que ha de resultar abordado el tratamiento de la función del analista. Dado que el sujeto con el que interesa trabajar en el análisis con niños es el sujeto de la enunciación, se sostiene en este trabajo la *hipótesis* de que el juego mismo resulta la práctica en acto del malentendido, es decir, la emergencia del sujeto en el análisis con niños transcurre jugando. Juego de objetos, personajes, escenarios que se entranan en y con los equívocos del orden significante. Terreno de hiancias y aperturas donde puede emerger la posibilidad de la creación a partir del resguardo de lo imposible que el analista sostiene desde el lugar del Otro que es llamado a ocupar.

En cuanto a la metodología que ordena los pasos del presente ensayo, el énfasis se encuentra puesto en la promoción de la *polifonía de voces* que surge del cruce entre autores e ideas. Búsqueda conjetural que procura hacer jugar entre sí piezas conceptuales, tanto convergentes como equívocas, en consonancia con las particularidades que demanda el tratamiento del malentendido en la práctica con niños.

(Charly García, 1984).

Tal como se expuso en la introducción, hablar de malentendido justamente sugiere analizar *lo que quiere decir hablar*, ya que ambas dimensiones se hallan envueltas y resultan necesarias para precisar la función misma del analista en tanto tal. A lo largo de la enseñanza de Lacan se pueden distinguir dos concepciones de lo que se denomina hablar (Rodríguez Ponte, 1996). En los años '60 y bajo la perspectiva de escritos como *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*, hablar implica una pérdida de goce, en tanto goce previo y absoluto que se disuelve por el hecho mismo de hablar. Por otro lado, en el seminario XX, *Aun*, en 1972-73, su postura cambia. El goce ya no se pierde por hablar, sino que la falta de goce es inicial, estructural. De allí que hablar implica recuperar algo de ese goce que de entrada está perdido. Pese a las diferencias, "lo cierto es que entrar en la vía de la palabra y de la demanda es correlativo a la falta de goce" (p. 14), sea que se trate de su condición de interdicto -tanto prohibido como *entre-dicho-*, como de las condiciones de su reconquista. Dicho esto, hablar conlleva pensar la especificidad de la función de la palabra, por lo que el tratamiento de la misma sirve para continuar las reflexiones de este ensayo.

En el escrito *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, Lacan (2009a) expresa que:

Ya se de por agente de curación, de formación o de sondeo el psicoanálisis no tiene sino un médium: la palabra del paciente. La evidencia del hecho no excusa que se la desatiende. Ahora bien, toda palabra, llama a una respuesta. (pp. 240-241).

Esa respuesta puede ser también el silencio, ya que el núcleo de la función de la palabra en el análisis consiste en que ésta tenga un oyente, pero no uno cualquiera. De este modo resulta fundamental contemplar la posición del analista frente a la palabra del analizante en el marco de la práctica analítica. Ocurre que si el psicoanalista ignora la función de la palabra no por ello dejará de sentir más fuerte aún su llamado. ¿Y cuál es el problema con ello? No solo oír ese vacío que funda la palabra, sino que por su desconocimiento será compelido a intentar llenarlo con una realidad que se encuentre más allá de la misma, por ejemplo dedicándose a analizar el comportamiento del sujeto para encontrar lo que supuestamente se niega a decir o aceptar. El analista entonces parece apropiarse de una actitud inquisitorial, le pide al paciente que hable, pero con ánimos de que por ese medio se confiese, degradando así la función de la palabra a la confesión de una verdad que se supone realidad situada más allá de la palabra misma (Lacan, 2009a). Pero la propuesta de Lacan es justamente poner la verdad en relación con la palabra y no a esa realidad por fuera de ella (Bello, 2019).

Este tratamiento de la palabra sirve para reflexionar acerca del quehacer del analista que trabaja con niños. Justamente, el analista considera a la palabra del niño como un fundamento que hace posible la práctica, incluso la vía misma por donde se llevará a cabo el análisis. A esa palabra que se hace lugar no la pone bajo sospecha en el sentido de confrontarla con una realidad exterior donde estaría la verdad, sino que es en la palabra articulada misma, ya sea en tanto que dicha -o balbuceada-, dibujada -o garabateada-, o jugada, donde ha de fundamentarse el análisis con niños. En consonancia con el planteo de Lacan, ha de suponerse que el sujeto no es el niño-persona, sino el efecto de los significantes que lo atraviesan. Ello apelaría a que la verdad es algo que se puede confesar, y que por lo tanto el paciente oculta ya sea por su propia voluntad como resistencia neurótica, o porque carece de las *capacidades necesarias* para entenderla; y que si no confesada al fin, puede finalmente ser descubierta gracias a la atenta mirada del analista, mirada que desde los propios prejuicios del analista apuntará sobre manifestaciones del sujeto tales como su aspecto, su porte, modales o tipos de reacción (Lacan, 2009b). Es bajo esa lógica inquisitorial que

el analista pretende volverse un aliado de la parte supuestamente sana del yo del paciente, de la parte adaptada a la norma, en lo que constituye una psicología *de yo a yo* donde la terminación del análisis implica necesariamente la identificación del sujeto con el yo normal y maduro, ideal, del analista.

Ahora bien, como se profundizará en los consecutivos apartados, el análisis con niños innova y reformula ese hablar que tiene lugar en el análisis; el decir del niño cuestiona la exclusividad de la palabra como medio que conduce al análisis e implica reflexionar sobre otras manifestaciones posibles del lenguaje tales como el jugar. Es fundamental para ello recordar que el sujeto que interesa es el que es representado por un significante frente a otros significantes y si es de ese modo es porque se piensa dentro de una estructura (la del lenguaje). El significante no se reduce a la palabra, sino a cualquier elemento que sea definido por su relación diferencial frente a otros elementos dentro de un sistema (Evans, 2007). Estos elementos pueden ser también juegos, juguetes, relaciones de juego, personajes, dibujos, entre tantos otros fragmentos frecuentes en el análisis con niños.

Fiel al estilo irónico y punzante que le era característico, Lacan (2009b) se pregunta “Para asumir ser la medida de la verdad de todos y cada uno de los sujetos que se confían a su asistencia ¿Qué debe pues ser el yo del analista?” (p. 325). Esta referencia se torna sumamente pertinente para los fines de este ensayo, puesto que indica la pendiente del peligroso riesgo de confundir la práctica del psicoanálisis con la de una psicología. Esta última puede parecerse al psicoanálisis en cuanto a la familiaridad de ciertos tópicos y términos, pero no confundirlas remite a una responsabilidad ética del analista. La riqueza de la reflexión sobre la función del analista y su parte esencial en el sostén de la cura se oponen a la soberbia de suponerse dueño de un saber sobre el sujeto, al cual el yo de este último debe identificarse. La picardía de Lacan para formular la pregunta acerca de qué debe ser el yo del analista condensa la obturación que implicaría practicar el psicoanálisis desde el yo del analista, un yo que se propondría como ejemplo y verdad. Ser analista se trata de otra cosa, y ser analista de niños no es una excepción.

Bruno Bonoris (2022) indica que “El psicoanálisis propone una subversión sobre la toma de la palabra, una forma específica de hablar” (p. 49). Es decir, que la eficacia del psicoanálisis se pone en marcha en tanto el analista propone hablar, pero hablar de una forma peculiar. Si, como señala Lacan (2009a), el inconsciente es aquel capítulo censurado de la historia del sujeto, “aquella parte del discurso concreto en cuanto transindividual que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente (...) marcado por un blanco u ocupado por un embuste” (p. 251), la *asociación libre* deviene una consigna técnica homologa con la fórmula del inconsciente como saber no sabido. Pero hablar de asociación libre implica hablar de *atención flotante*, ya que a partir de la función de la palabra, se instalan posiciones diferentes pero correlativas. El analizante, quien asocia libremente, sólo puede hacerlo en la medida en que el analista sostiene la atención flotante. Esta última consiste en dejar al margen los presupuestos de la comprensión inmediata de lo que se está diciendo, y es responsabilidad del analista que este tipo de conversación sustentada en el entendimiento y la clausura no tenga lugar (Bonoris, 2022).

La asociación libre tiene el fin de posibilitar las vías de acceso a ese saber no sabido, es decir, al inconsciente (Bonoris, 2022). Se trata de una invitación a hablar sin atender precisamente a la coherencia del contenido, hablar sin saber. Es este hablar *sin saber bien lo que se dice* el que interesa al análisis con niños, ya que es en ese acto actual de la palabra que el analista puede intervenir. Su intervención no apunta al contenido de lo que el analizante dice, sino a la enunciación misma (Rodríguez Ponte,

1996). La asociación libre es una consigna que se emprende para que en conjunto, analista y analizante, puedan elaborar un texto posible de ser leído y escrito. No se trata de un texto cualquiera, sino de uno que tiene las propiedades de ser dinámico, abierto y podría decirse extimo. Ya no se sabe quién dice qué cosa. Se trata de una obra conjunta, plural (Bonoris, 2022).

7

Si bien la regla de la asociación libre implica hablar suspendiendo la crítica a determinados pensamientos y que se preste atención a pensamientos involuntarios, esto no significa pensar el análisis como un espacio donde se dicen pavadas. “En un análisis se viene a hablar de cosas importantes” (Bonoris, 2022, p. 57). Cosas tan importantes como las que no se sabe que se sabían, ni se sabe bien qué quieren decir o por qué se dijeron. E incluso, considerando el análisis con niños, cosas tan importantes y serias como el juego. La conversación que se da lugar en análisis no es una conversación ordinaria o cotidiana, abrumada por el malentendido de entenderse con el otro. El analista no se presta al malentendido de entenderse con el analizante, sino que prepara el terreno para que el malentendido recobre su valor subversivo como tiempo constitutivo del juego significativo donde emerge la ráfaga del sujeto como diferencia.

En cuanto a la *atención flotante*, implica que el analista atienda a la totalidad del texto ya que no puede saberse de antemano que parte del texto es importante. Se trata entonces de una atención sin intención, sin significación y sin anticipación. Implica salirse de la lógica imaginaria a la que estamos habituados en las conversaciones cotidianas de ego a ego, a suspender la ligazón obvia entre significativo y significado y a evitar caer en una comprensión prematura de lo que se dice. Podría decirse que es suspender esporádicamente al yo del analista y habitar esta posición de oyente que se estructura a partir de la toma de la palabra por parte del analizante. El poder discrecional del oyente puede determinar la condición misma de quién habla, es decir por un lado, que el hablante cuente con la condición de sujeto en tanto constituyente, un sujeto cuya palabra tiene un alcance performativo, que puede hacer acto, vale decir, sorprender. Por el otro, que el hablante disponga de la condición de objeto constituido, al cual ya se le anticipará lo que va a decir, dejando por fuera al acto y a la novedad, donde la escucha queda obturada por un saber.

Ese poder discrecional del oyente, del que el analista se apodera, es aquello que eleva a una potencia segunda en la medida en que impone al sujeto la consigna de la asociación libre, es decir, que “ese discurso se prosiga primo sin interrupción, secundo sin retención” (Lacan, 2009b, p. 318). El analista suspende una respuesta ante la demanda que implica hablar, deja que eso hable. “El arte del analista debe ser el de suspender las certidumbres del sujeto” (Lacan, 2009a, p. 244).

En la misma línea, Ricardo Rodulfo (2006) afirma que ser analista es ir más allá de un recorrido teórico o del manejo de categorías, es un acontecimiento que adviene en un encuentro singular. Así es como el analista puede hacer una *puntuación afortunada*, en palabras de Lacan, en la medida que promueve un giro en el discurso del sujeto, volviendo así un simple lapsus en una declaración compleja, o a un relato sobre lo cotidiano en un apólogo (Lacan, 2009a).

Podría también formularse que esta puntuación afortunada (y por qué no, lectura analítica) es la que trata y localiza al acto del jugar con el niño como un decir, con todas las riquezas y tropiezos que este implica. Es el analista y su posición frente al malentendido estructural que despliega el ritmo del hablar lo que será vertebral para pensar las condiciones mismas de la práctica, y nuevamente, el psicoanálisis con niños no es una excepción.

Es este lugar de escucha, de lectura y de disposición a sostener el malentendido lo que permite situar que el analista no se coloca en posición de dar predicciones o prescripciones sobre el sujeto, no puede prevenir lo que se dirá ni cómo se dirá. Se trata

de rememorar las raíces del psicoanálisis. Freud se interesó en los sueños debido a que escuchó a sus pacientes. Es del encuentro singular e íntimo con el otro como se abre la riqueza de la práctica analítica con los decires del niño que hacen sujeto.

En miras de concluir el presente apartado, Rodulfo (2006) esclarece cuestiones sobre el psicoanálisis y su apertura al acontecimiento. Considera en primer lugar la dificultad del psicoanálisis a abrirse a la novedad, a lo nuevo. Recupera de Derrida la pregunta acerca de que si al psicoanálisis le podrá *acontecer* algún día el psicoanálisis. Esta reflexión, un poco enredada, da cuenta de que se ha optado por utilizar categorías conceptuales del psicoanálisis sin someterlas a crítica, lo cual conduce a un afán de

8

hacer corresponder al acontecimiento con el concepto. El acontecimiento no florecerá como tal, quedará subrogado a un concepto, a un diagnóstico, a una dimensión de objeto. Antes de ser una práctica codificada, el psicoanálisis es una experiencia de la singularidad: implica al cuerpo, las palabras, las presencias y ausencias.

El psicoanálisis como práctica que se funda cada vez, que se renueva a medida que una escucha fecunda un problema, guarda reservas frente a la búsqueda de hacer corresponder la experiencia con los conceptos. El psicoanálisis con niños es esto, es un acontecimiento que burbujea preguntas y discute con la herencia, así como en la sesión analítica ha de sostenerse esa tensión irreductible entre enunciado y enunciación.

Por otra parte, yo agregaría a esto lo que me gustaría llamar un principio de inconclusión. El psicoanálisis no solo empieza varias veces sino que no ha concluido, en el sentido de la formación de sus conceptos. No es y no debería ser, si no quiere morir estrangulado por suicidio, un sistema teórico cerrado ya acabado. (Rodulfo, 2006, p. 5).

La categoría del malentendido estructural es de interés para este ensayo en tanto reivindica este advenir inconcluso no solo del decir sino del psicoanálisis mismo. E incluso pensar este decir advertido y posibilitado por el malentendido estructural, tiene sus particularidades y cuestionamientos dignos de ser trabajados para poder reflexionar la práctica y al analista envuelto en ello. El espíritu del psicoanálisis está fundamentado en la desviación, en la imposibilidad de sostener un sentido del acontecimiento. Esta es la riqueza del malentendido, reubicar en el centro la discontinuidad que caracteriza el avance psicoanalítico.

El niño, sus formas de decir, el malentendido

“Ya no sé bien qué decir...”
(Charly García, 1984).

¿Qué implica subjetivamente que un niño hable en el marco de la práctica analítica? ¿Qué modalidades puede presentar ese *decir* del niño? ¿Es solo palabra hablada verbalmente o puede ser un decir posibilitado por el juego? ¿Puede considerarse al juego en sus diversas formas, como escenificación de algo, que comparte elementos con la asociación libre? Pablo Peusner (2011) propone pensar las implicancias de la definición de Lacan “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (p. 27). Estructurado como un lenguaje implica que el inconsciente no está dentro, en una supuesta profundidad de un aparato (psíquico), sino que su espacialidad se encuentra vinculada a la espacialidad del lenguaje: al menos entre dos sujetos humanos hablantes. Vale aclarar que esta definición del inconsciente se anuda a la del inconsciente como una *pulsación* y que su aparición se da en un *entre* analizante y analista. Además, esta concepción implica considerar que el lenguaje y su estructura anteceden y condicionan la existencia del inconsciente.

Tal como Lacan (2007a) expresa, el lenguaje está antes que el hombre y es por el lenguaje que nace el hombre. De ello se deduce que pensar el estatuto del *sujeto* es pensar cómo su fundamento se localiza bajo las tramas del lenguaje. El verdadero sujeto del psicoanálisis es el del inconsciente, inconsciente en tanto estructurado. Según Lacan,

en la obra de Freud no se hace más que manipular articulaciones de lenguaje, de discurso: sueños, lapsus y chistes. Por eso es que, si eso falla, sueña o ríe, lo hace de forma perfectamente articulada. Y ahí, en esa falla, en ese equívoco, en esa discontinuidad que se localiza como articulada es donde el sujeto emerge. El sujeto tiene lugar a partir del juego y la cópula significativa.

Peusner (2011) recupera una diferenciación que introduce Lacan la cual resulta pertinente para este ensayo. En el seminario IX, *La identificación*, dictado entre 1961 y 1962, Lacan hace una distinción en cuanto al lenguaje, refiriéndose por un lado al lenguaje infantil y por el otro al lenguaje adulto. La lectura que hace el psicoanalista argentino de tal consideración por parte de Lacan se fundamenta en que uno de estos lenguajes es la vía y acceso que se busca en psicoanálisis, mientras que el otro no. Esta diferenciación del lenguaje no se reduce a una cuestión evolutiva, sino que la misma se encuentra determinada por la posición enunciativa del hablante. Es decir, no se trata de un lenguaje infantil que al crecer se transforma en adulto. Sino que es una cuestión de estructura: hay niños que arman frases con estructura de lenguaje infantil y otras veces en que parece corresponderse con la del lenguaje adulto.

La práctica analítica con niños varía según qué concepción del lenguaje sostiene y fundamenta el analista en su práctica. El *lenguaje infantil* es la vía por la que el análisis se lleva adelante, tanto con niños como con adultos. Este lenguaje infantil consiste en “un lenguaje ante el cual el sujeto hablante asuma que no sabe lo que dice pero que lo dice” (Peusner, 2011, p. 50). Es un hecho de estructura que el sujeto no sepa lo que dice, por lo que este lenguaje infantil es aquel que deja al margen la cuestión de la responsabilidad por ese decir. Esa palabra no compromete el nivel yoico del niño, quien queda desligado de responsabilidad por un decir cuya procedencia resulta extraña ya que el sujeto no sabe lo que dice. Motivo por el cual apelar a una responsabilidad por lo dicho no es el camino del análisis con niños, cuando de manera más radical que en el adulto ese decir parece desplegarse bajo sus propias reglas y con su propio director en un escenario Otro.

La noción de responsabilidad se vincula con el tratamiento del contenido del decir, lo cual implicaría otra forma de pensar el quehacer del analista en el análisis con niños. Esa posición frente al decir se dedicaría de lleno al contenido y a la configuración o restablecimiento de una supuesta continuidad y coherencia. El lenguaje adulto en su decir tiene el afán de articular al sujeto con sus contradicciones, de asumir la responsabilidad por lo dicho ejerciendo una fuerza gravitatoria hacia la correspondencia

10

con el decir del otro, esto es, que se preste al mutuo entendimiento. Se trata de un lenguaje que está organizado por una lógica aristotélica, que consiste en el principio lógico de la identidad, no contradicción y tercero excluido. Peusner (2011) retoma de Koyré la idea de que estos principios aristotélicos son los que actualmente dominan el campo de aquello que se llama sentido común. En esta limitación se clausura la dimensión subjetivante del malentendido y la proliferación del errático andar del decir.

Pero ¿acaso hay algo más opuesto al sentido común que el modo de decir el mundo que tienen los niños? El juego, el dibujo y el lenguaje infantil no están sometidos a tal exigencia [...] La experiencia psicoanalítica no es una experiencia de sentido común, sino más bien todo lo contrario. Y esto es algo que se verifica desde el diván, como desde el sillón (o en el piso, jugando con un niño). (Peusner, 2011, p. 66).

El lenguaje infantil trata sobre un decir que no responsabiliza. Se trata de un lenguaje que irrumpe y sorprende la pretendida solidez del sentido del contenido. Para que ese lenguaje infantil tenga lugar es fundamental pensar nuevamente en la función del analista. Según Peusner (2011), nadie habla lenguaje infantil, sino que el lenguaje deviene infantil gracias a la posición del analista. Es la instancia de ese Otro la cual lo habilita en tanto infantil. Y es ese otro el que aloja aquello que, al decir de Lacan (2007b)

en el seminario I, es verbalizado de forma disruptiva al soltar las amarras de la palabra. Es decir, hablar sin importar lo que se dice. Aquí es donde puede volver a articularse la cuestión de la asociación libre.

El decir en el análisis con niños está entramado bajo las coordenadas del lenguaje, lo que por añadidura implica la puesta en juego del malentendido estructural. “Cuando alguien dice, siempre dice más, menos o distinto de lo que quería decir” (Peusner, 2011, p. 29). Este fenómeno ocurre siempre en diálogo, entre hablante y oyente. Cuando el decir del hablante pasa al campo oyente, del gran Otro, es que se produce esta diferencia respecto de la voluntad del decir. Así es que lo dicho por el hablante muchas veces adquiere este carácter de ajenidad, de otredad, lo cual se articula con la afirmación de que el inconsciente es el discurso del Otro y de que el sujeto recibe de forma invertida su propio mensaje del Otro.

Una última particularidad de este lenguaje infantil, sumamente contundente, consiste en que se habla *à la cantonade*, es decir, se habla en alta voz sin dirigirse a nadie en particular. Se habla *à la cantonade* pero bajo la condición de que haya un buen entendedor, lo que en otros términos podría decirse, un Otro dispuesto a escuchar. Esta idea Peusner (2011) la extrae del seminario XI de Lacan *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Se trata de otra forma de fundamentar que no hay sujeto sin el Otro, y que toda la experiencia analítica está atravesada y es solidaria con la incapacidad de pensar al sujeto desligado del Otro.

Para no caer en la confusión de que el buen entendedor implicaría aniquilar o contradecir la categoría del malentendido estructural, se recuperará la crítica que Lacan (2015) expone en el mencionado seminario al psicólogo constructivista Jean Piaget. Lacan considera un error piagetiano tomar cierta etapa del discurso del niño como egocéntrico. En primer lugar menciona que “la noción de discurso egocéntrico es un contrasentido” (p. 216). Hablar de discurso ya implicaría desligarse de una reducción al ego. Continúa explicando que el niño no habla para sí ni directamente a un otro, pero sí tiene que haber otros allí que den cuenta de que el niño habla en alta voz y sin dirigirse a nadie en particular. Esto es hablar *à la cantonade*. Y dicho hablar solo ha de tener lugar en tanto tal gracias a un buen entendedor. Allí Lacan renueva la afirmación de que el sujeto se constituye en el campo del Otro, valga decir, en un lugar indeterminado del mismo. El buen entendedor no consiste en encarnar la figura de aquel que entiende lo dicho por el niño, sino aquel que, a diferencia de Piaget, capte este valor del lenguaje infantil como aquel que siempre está articulado a un Otro.

En su seminario anterior, *La angustia*, con mayor precisión en su clase XXI Lacan (2020) también se había ocupado del enfoque propuesto en los estudios piagetianos del

11

desarrollo de la inteligencia a partir de observaciones realizadas a niños. En esa clase Lacan realiza una primera crítica de la noción de lenguaje egocéntrico, y pone en cuestión ese presunto deseo de comunicar, a partir del cual este lenguaje egocéntrico devendría finalmente lenguaje socializado. Lacan no se limita a señalar que es un error creer que la palabra solo tiene el fin de comunicar, sino que llega a desbaratar el artilugio de Piaget: esa presunta evolución observada en los niños del laboratorio no es más que una respuesta al deseo de Piaget mismo, e incluso, los señalamientos de errores que este último hace, no son más que la suma de los prejuicios que en su posición de adulto realiza frente a un despliegue oral que le resulta completamente ajeno y en ocasiones inaccesible. En la misma clase menciona que:

La última vez les indiqué que hay trabajos originales [...] que en verdad nos permiten captar *in statu nascendi* el primer juego del significante en los monólogos hipnopómpicos del niño muy, muy pequeño, en el límite de los dos años, y captar en él, bajo una forma fascinante, el propio complejo de Edipo ya articulado, aportando así la prueba

experimental de la idea de que siempre he planteado ante ustedes, que el inconsciente es esencialmente efecto del significante. (Lacan, 2020, p. 312).

En función de esta posición que podríamos llamar adulto-céntrica, Lacan (2015) menciona que los psicólogos como Piaget solo se han interesado en el lenguaje en tanto algo que debe ser aprendido, es decir, reduciéndolo a una dimensión pedagógica. Así es que Lacan asimila la posición de los psicólogos como aquellos que se rinden ante el lenguaje, que consideran que el único aspecto interesante de la entrada del lenguaje en el sujeto ocurre dentro del plano cognitivo-educativo. “Ahora bien, precisamente, la cuestión es que no sabe lo que dice, y es muy importante advertir que de todos modos lo dice” (p. 313). *De todos modos lo dice...* Esta cita sirve como puntapié para pensar nuevamente la función del analista en el trabajo con niños como aquel que atiende aquello que, de todos modos, se dice en ese aparente *à la cantonade*.

El psicoanalista no es psicólogo, lo que quiere decir que no reivindica al lenguaje en su dimensión pedagógica ni la reducción de la palabra a los fines de la comunicación. Tampoco va a tomar una posición de educador, esforzando correcciones en ese decir que el niño despliega en el espacio de análisis. No es parte de su función clausurar el sentido del discurso del analizante, ni *comprender* eso que se dice. Tampoco es su función hacer de ese discurso, un discurso lineal y ordenado.

Tal como trabaja Garcia (2009), en referencia a la pulsión freudiana, hay una tendencia en ciertos discursos psicológicos a la explotación tecnocrática, se dedican a dominar instintos en nombre de una supuesta moral de los mismos. Pero lo más interesante de este aporte es que esos discursos pretenden corregir a la gente, y en tal caso, si el psicólogo reivindica una moral, la propuesta de Freud y del psicoanálisis se conduce por otro carril. Este ensayo sostiene que la función del analista en el análisis no es aquella que opera sobre el enunciado, sino que su función consiste en que el análisis se encauce. Esto es, hacer lugar a la pregunta por la causa del deseo, lo que Lacan sitúa como función del objeto *a*. Dicho encauce se logra por medio de esa discontinuidad que hace corte en medio de la pretendida continuidad del contenido. El analista sostiene al malentendido como acto enunciativo del sujeto y por ende como vía posible del análisis.

En este punto interesa insistir en la reivindicación del psicoanálisis como una erotología, tal como Lacan (2020) propone en la primera clase del seminario X. Sus aportes no intentan contribuir a una psicología, sino que se enfocan en desarrollar un discurso sobre una praxis que se ocupe sobre el deseo. Esta concepción novedosa implica una separación y diferenciación entre lo que se denomina psicología y psicoanálisis.

Peusner (2011) aclara que estas consideraciones, que hasta el momento parecen hallarse concentradas en el campo del lenguaje oral, también se presentan en otros medios de expresión que están estructurados como un lenguaje. Es lo que ocurre en el caso del jugar. Esta es una aclaración nodal ya que permite contemplar una de las

12

grandes particularidades que han caracterizado históricamente al análisis con niños: el juego. El decir y el jugar pueden estar estructurados como un lenguaje infantil, por lo que el jugar ha de ser considerado como un modo de decir posible en el marco de la clínica con niños.

Germán Garcia (1980) reivindica al juego como aquello que obedece a las leyes del lenguaje y no del simbolismo (de tipo analógico). El ser sólo puede descifrarse de su decir en la medida en que el sujeto del psicoanálisis traza los contornos de un ser del lenguaje que es causa perdida. Esta idea promueve al reconocimiento del sujeto como inherente al lenguaje y que incluso los niños sin habla verbal están inmersos en ello. El *infans* fue hablado cuando no hablaba. Jugar está tramado por las leyes del lenguaje y es un decir que sin ser verbal funciona de manera articulada. “Lo que se diga del lenguaje

determina lo que se demuestra del inconsciente y lo que se enuncia como interpretación” (p. 142). Nuevamente, dependiendo de qué concepción se tenga del lenguaje se tendrán distintas repercusiones en el desenvolvimiento del análisis con niños.

Lo expuesto a lo largo del ensayo tiene el fin de afirmar que hablar en análisis implica también jugar, y que a su vez el jugar mismo se encuentra estructurado como un lenguaje. Se trata “de que los sujetos jueguen” (García, 1980, p. 136). Juego de palabras, objetos y roles, en definitiva de significantes, cambios de sentidos y de lugares. Soldaduras entre significante y sentido se desprenden para reunirse de otra forma. Presencia de disparates, puntos bizarros en el discurso, opacidades y novedades que trae la enunciación. Este juego toma dichas particularidades gracias a la posición del analista frente al malentendido. Malentendido que parece tener dos vertientes, por un lado el malentendido de entenderse. Por el otro, el malentendido estructural que da cuenta de la imposibilidad de clausura del sentido. El analista debe estar advertido de dichas vertientes, ya que si cae en el afán de volver su práctica un malentendido en el que se propone entender lo que el analizante dice, estará rebajando al hablante a una condición de objeto constituido, constipado de sentido y a quien no habría motivo para escuchar ya que todo estaría (pre)dicho. Por otro lado, prestarse al malentendido estructural implica proponer la consigna de la asociación libre y su correspondiente atención flotante. Ello conlleva devolverle al hablante el estatuto de sujeto constituyente, sujeto que tiene la oportunidad de sorprender y que aparece en ese juego novedoso en las diversas modalidades del decir infantil durante la conversación analítica.

Ser analista con niños implica entonces dejar que eso se diga; hacer espacio a ese lenguaje infantil en el cual, al decir de Peusner (2011), importa menos *lo que* se dice, que el hecho de que *se diga*. Y decirlo implica que sea desprolijo, inconcluso, sorpresivo, opaco y que quede algo a pura pérdida. La propuesta de este trabajo se perfila a pensar de qué forma ese decir en el análisis con niños consta no solo de una presentación verbal sino también lúdica. Jugar es una escena propia, íntima y recurrente en el análisis con niños, por eso es que el siguiente apartado se propone llevar a consideración la particularidad del juego bajo la constelación del malentendido estructural.

El juego del malentendido o el malentendido en juego.

“Ya no sé más que hacer...”
(Charly García, 1984).

Con este escueto pero rico fragmento de la canción *Cerca de la revolución* de Charly García, que ha acompañado y ordenado cada paso de este ensayo, comienza el apartado sobre el juego. Es evidente la intención de, en primera instancia, familiarizar al juego como un hacer. Rodolfo (1996) sigue la propuesta de Winnicott en cuanto a la

nominación de esta actividad como jugar, en infinitivo, y no tanto como juego. El *jugar*, verbo infinitivo, da cuenta de una producción, de movimiento. Se diferencia del juego, que es más bien el producto de esa actividad caracterizado por sus contenidos. Resulta notoria la proximidad que se establece con los términos de enunciación y enunciado previamente trabajados, enunciación en tanto acto y enunciado ligado al contenido de ese decir.

El jugar “es el mejor hilo para no perderse” (Rodulfo, 1996, p. 120), es decir, que el juego es transversal a la constitución subjetiva y no hay nada en el niño que pueda contemplarse dejando al margen el jugar. Pero *Jugar* no es una actividad exclusiva de la niñez, sino que al decir de Winnicott (2013) y de Freud (1993) los adultos también juegan. Winnicott hace la aclaración de que el hecho de que la comunicación sea predominantemente verbal en el análisis con el adulto, es decir que la forma que toma el material sea verbal, podría obturar la evidencia de ese jugar en el adulto. Pero en estos análisis, el jugar toma forma bajo las inflexiones de la voz, el sentido del humor y claramente en la elección de palabras. Esto invita a pensar que el jugar y la asociación libre están trenzados bajo la lógica de una estructura, la del lenguaje. Su funcionamiento está regido por reglas y es el significante el que se pone en juego en estas diversas expresiones del lenguaje.

Winnicott (2013) advierte que la psicoterapia es aquello que sucede entre dos zonas de juegos: la del paciente y la del terapeuta. Es decir, que la psicoterapia consiste en que dos personas jueguen juntas. Si bien el autor utiliza términos como psicoterapia y terapeuta, comienza el escrito aclarando que a los fines de ese artículo llamado *El juego* no precisa delimitar la distinción entre psicoanálisis y psicoterapia. Por lo cual, a los fines de este ensayo, se optará por considerar esta formalización desde el psicoanálisis. Reivindicando lo trabajado en el apartado anterior, el juego, como un modo de articulación ligado a la estructura del lenguaje, modo peculiar que toma el decir, se da en un *entre* analista y analizante. Por lo que el despliegue del jugar será una obra conjunta, un decir que se pierde en quién dijo o hizo bien qué cosa, el cual comienza a tallarse en plural, sino bajo la forma impersonal del *Ello* freudiano. Bajo estas puntualizaciones, Winnicott propone que los chicos juegan cuando quienes juegan con ellos saben jugar y se muestran juguetones. ¿Es acaso esta alguna otra vertiente para pensar al analista, como un *juguetón*?

El autor hace la aclaración de que si un niño no puede jugar, antes de ponerse a divagar en interpretaciones de conducta, el terapeuta, o más bien el analista, debe esperar (Winnicott, 2013). Es decir, no hay interpretación e infusión de sentido anticipado que sirva a los fines de la práctica analítica, sino más bien ese tiempo de espera, o podría decirse ese mostrarse como dispuesto a jugar, como juguetón, lo que encausará el análisis con niños. Se habla y se juega *à la cantonade* en tanto haya un buen entendedor, es decir, un buen juguetón, o simplemente alguien dispuesto a jugar. Así, el lenguaje deviene infantil siempre y cuando haya un Otro dispuesto a jugar o entender o escuchar eso que se dice.

La consideración del analista a la espera, sin entusiasmarse por una interpretación de ese juego, sino más bien mostrándose dispuesto a jugar, se corresponde a que se preste al malentendido de ese decir en particular. Y es en tanto el analista sostiene esta posición que el sujeto tendrá lugar, sujeto de la enunciación y que hace emergencia jugando. Jugando, que al decir winnicottiano, es en un *entre*, en movimiento. “El momento importante es aquel en el cual el niño se sorprende a sí mismo.

Lo importante no es el momento de mi inteligente interpretación” (Winnicott, 2013, p. 96). El factor sorpresa, ligado a la enunciación, es aquello a lo que se trata de dar lugar en el análisis con niños.

En este apartado el jugar es considerado como escenario posibilitado por el

malentendido. Escena alternativa, singular y única que se funda en la experiencia del análisis. En primer lugar, podría decirse que es único en tanto acontece en un tiempo y lugar determinado, las asociaciones tienen allí su valor (Winnicott, 2013). Durante el juego hay una pausa de la cotidianidad para sumergirse de lleno en lo ficcional. La interpretación, por fuera de lo que está sucediendo en ese jugar, “es adoctrinamiento y produce acatamiento” (Winnicott, 2013, p. 97). Esta consideración no tiene la intención de desterrar a la interpretación, sino que su consideración habilita a situarla donde debe operar, en su tiempo y no antes, a los fines de que prospere la labor analítica y no suspenda el jugar o, en palabras de Rodulfo (2006), el acontecimiento.

Jugar es cosa seria, y Freud (1993) en *El Creador Literario y el fantaseo* declara injusto no considerarlo de ese modo ya que el niño dispone de un gran monto de afecto allí, logrando así una diferencia de ese jugar con la realidad efectiva. Pareciera que ese jugar es una pausa, una hiancia en el cotidiano. También postula en esa conferencia que el niño juega, solo o con otros, pero que no lo hace para los adultos, como si estos fueran su público, no les dedica su juego. Tampoco se empecina en ocultarlo. Nuevamente, podría decirse que si en el espacio de análisis el lenguaje infantil es *à la cantonade*, el jugar también lo es, lo que no significa sin Otro, aunque allí ese Otro se limite a la propia resonancia de las palabras proferidas o los movimientos corporales del jugar. Se juega *à la cantonade*, sin dirigirse directamente a un Otro pero bajo el espectro de que haya un buen entendedor, el analista, que esté dispuesto a presenciarlo y a darle lugar.

Jugar reivindica la dimensión de la práctica significativa (Rodulfo, 1996). Este hacer lúdico es una puesta en juego de significantes, y si el sujeto se define como efecto del mismo, ¿qué implica poner en juego esos significantes? Direccionalidad, historia, repetición e intersubjetividad. Ampliando esto último, para que algo sea considerado significativo, debe repetirse, por lo cual “Cuando un elemento adquiere gravitación significativa (se repite), en el momento de su introducción algo nuevo se traza” (p. 24). Es decir, que el significativo no está soldado a un sentido, no tiene una significación abrochada, sino que su emergencia conlleva la novedad y el acontecimiento. En cuanto a la direccionalidad, el significativo siempre conduce a alguna parte, tiene dirección. En tanto se repite, aun no sabiendo el sentido de esa repetición, este re-volver indica que hay un nudo allí a descifrar.

Si jugar arroga la dimensión significativa, es pertinente el tratamiento singular que Evans (2007) recupera de los trabajos de Lacan acerca de este concepto. Jugar es un medio de expresión del lenguaje, y el lenguaje no es un sistema de signos, sino un sistema de significantes. Estos significantes no tienen sentidos adheridos sino que son reducidos a elementos diferenciales últimos, y como tales se combinan (hacen cadena) bajo leyes de un orden (el de la estructura) cercado, es decir, se combinan según las leyes de la metonimia. Y es por ello que los significantes se definen exclusivamente por su valor diferencial frente a otros significantes, o sea que un significativo no se define a sí mismo por tener un sentido unívoco y fijo, sino por el lugar que tiene dentro de la estructura y las relaciones de diferencia que mantiene con el resto de los elementos. El término significativo, Lacan no solo lo atribuye a la palabra, sino que también pueden funcionar como tal unidades como fonemas o morfemas, frases y oraciones, como así también entes no lingüísticos, como relaciones, actos sintomáticos y objetos. Es decir que la condición para que un significativo sea considerado y opere como tal es que se encuentre tallado en un sistema donde adquiere valor por sus relaciones diferenciales con otros elementos (Evans, 2007).

El significativo remite siempre a otro significativo y no a la cosa en sí misma, es decir, hace cadena, diferenciándose así del signo. Cadena de significantes en tanto materialidad y superficie topológica del inconsciente. De este modo Rodulfo (1996) retoma la cuestión del *mito familiar*, entendiéndolo como un puñado de significantes que

da cuenta de la constelación que preside el advenimiento originario de ese niño que llega al consultorio, que da cuenta de la pregunta por qué lugar tiene para el Otro y qué se considera desde ese mito el ser padre o madre. El mito familiar es el tesoro de los significantes de ese niño que llega al mundo, y para que el niño tome alguno es indispensable un Otro que disponga de lugar y ofrezca esos significantes. La organización de este mito toma la forma del *collage*, desplegando así contradicciones y volviéndose nido de lo impredecible, ya que no se sabe precisamente de qué de eso se servirá el niño. Lo más terrible que puede suceder a alguien es quedar congelado en cierto lugar significativo que la prehistoria le ha concedido. Y aquí hay parte del fundamento del quehacer del analista en tanto pone en marcha un desatascar una cadena de significantes para que pueda ponerse en marcha o re-articularse de otra forma.

¿En qué medida, el mito familiar, como puñado de significantes, se entrama con el jugar? En la medida en que jugar, actividad creadora, permite el movimiento significativo, desmantelar lo petrificado. El analista interviene para poder reinventar esa relación del niño al significativo o que dé lugar al encuentro con el significativo mismo. Esta puesta no debe ser premeditada, o sea dárseles previamente confeccionados (¿por otra parte cómo podría?). En este último caso, se estaría realizando un adoctrinamiento con términos psicoanalíticos y no es este el propósito de las presentes reflexiones. Sino más bien se trata de concebir al psicoanálisis como una práctica que propone donar un lugar en la medida en que se acude a análisis en busca de significantes que puedan representar al sujeto, cambios de los significantes que lo representan o la interpelación de alguno de estos. Se interviene para poder reinventar esa relación con el significativo o para dar lugar al encuentro con el significativo mismo. Y es en la medida en que el analista ocupa el lugar del Otro que puede habilitarse este movimiento, es decir, que es necesario de un Otro porque individualmente esto es difícil que acontezca.

En cuanto a la función del analista, en su práctica deberá sostener una paradoja: la de la continuidad de la discontinuidad. Ser predecible, continuo, en el sentido de que la continuidad es un rasgo diferencial del tratamiento psicoanalítico (regularidad de encuentros) y que al decir de Winnicott (2013) es necesaria una relación de confianza, la cual podría estar trazada por la continuidad de las sesiones. Pero a su vez, ser discontinuo para que algo de la autenticidad y singularidad tenga lugar. El analista, atento a la potencia del malentendido estructural, propone con su labor un continuo sostenimiento de la discontinuidad del decir.

Volviendo a Freud (1993), en *El Creador Literario y el fantaseo* se advierte la potencia del jugar, operación que como se mencionó previamente, no es exclusiva del niño. Pese a que la continuidad del jugar la puntualiza en el poeta, es necesario marcar que en esta conferencia encuentra un puente entre el adulto poeta y el niño que juega. No solo afirma que el jugar es lo que más cautiva y ocupa al niño, sino que ese quehacer se asemeja al del poeta en tanto crea un mundo propio y cambia cosas de su mundo de forma tal que le sea más agradable. Esta consideración, por cierto muy bella, no solo desliga al niño de un lugar de pasividad, sino que encuentra al jugar como momento, acción y operación que continúa a lo largo de la vida. El adulto no renuncia a jugar, a esa acción que le ha proporcionado inconmensurable satisfacción, sino que lo permuta. Permuta el jugar por el fantasear “construye castillos en el aire” (p. 128). Si bien en este pasaje Freud propone en primera instancia una diferenciación del jugar con el fantasear, también da cuenta de su continuidad. Tal es así que menciona ese parentesco gracias al lenguaje: se denomina como juegos a las escenificaciones del poeta. Así menciona a la comedia, que significa juego de placer, a la tragedia como juego del duelo. Estas consideraciones conducen a pensar toda una serie de cuestiones. En primer lugar, que el jugar es universal, tal como propone Winnicott (2013), nadie escapa a lo lúdico, es parte de la constitución subjetiva y constituye un criterio de salud el hecho de que este tenga lugar. Otro tema es esta relación entre el juego, la escena y la ficción. Y un poco más allá, en la constitución misma del fantasma. Todas estas consideraciones son pertinentes en el

análisis con niños, considerando que ese jugar, ese decir del niño, está articulado a

16

las leyes del lenguaje y en tanto tal allí puede localizarse la emergencia del sujeto, jugando.

Marrone (2005) trae la consideración del juego como aquello que se corresponde con el avance de la subjetivación, en la medida en que es un artificio mediante el cual el *infans* pierde el Otro real para restituirlo como campo del Otro, es decir, en su dimensión simbólica. La operación simbólica que el juego encauza, repercute en la estructuración del fantasma, de ese mapa de encuentros y desencuentros entre el sujeto y el Otro. Es decir que el juego tiene una gran potencia en la constitución subjetiva ya que el juego es fundamentalmente juego de ausencia, fabrica el intervalo entre el sujeto y el Otro.

El juego en tanto juego de ausencia implica nuevamente considerarlo como una expresión que responde a las leyes del lenguaje, y como tal, es el resto, la pérdida o dígase la falta lo que se haya como telón de fondo. Es de este modo como Marrone (2005) introduce en el juego el *como si*. El *como si* cuestiona el *es así*, hay un pasaje de la realidad de percepción por la realidad de ficción. Se trata de construir ficciones, proposiciones del lenguaje que son provisorias y como tales permiten cierta flexibilización del saber.

Este último trayecto conduce al famoso *fort da* que Freud (1992) introduce en *Más allá del principio de placer*, a partir de la observación directa del juego de su propio nieto de un poco más de un año. Freud destaca el hecho de que por medio de ese hacer, de arrojar un objeto para que luego vuelva a aparecer, se produce un cambio de posición en el niño. El niño deja de quedar postrado en el lugar de pasividad e inerte frente a la experiencia. Sirviéndose del juego le es posible tomar otro lugar y una actitud activa frente a ello. “En la vivencia era pasivo, era afectado por ella; ahora se ponía en un papel activo repitiéndola como juego, aunque fuera displacentera” (p. 16). Nótese esa semejanza ya esbozada en Freud en cuanto al jugar y su carácter repetitivo, con la naturaleza del significante que repite e insiste, que puede dar lugar a otro encadenar posible, alternativo, y no a merced de la supuesta univocidad de la experiencia. El jugar se vuelve un medio para apropiarse y resignificar la experiencia, o mejor dicho, ubicarse en ella desde otro lugar.

El juego es primordialmente una actividad creadora y permite al niño ocuparse de la realidad de forma creativa (Winnicott, 2015). Es este marco propiciado por la creatividad en el que se debe relocalizar la práctica analítica con niños, ya que es necesario que la experiencia en tanto tal cobre protagonismo. Nuevamente el psicoanálisis es propuesto como práctica del acontecimiento y de lo singular, donde la creatividad y la novedad hacen unión.

Reflexiones finales

Este escrito ha abrigado un manajo de interrogantes y tensiones a la hora de su confección. De entrada, pensar la categoría del malentendido estructural en relación con el análisis de niños ha resultado un poco problemático. ¿Por qué se ha elegido la categoría en cuestión? En primer lugar porque condensa el espíritu psicoanalítico en tanto experiencia de la singularidad. Como tal, implica al decir, al cuerpo, a las presencias, ausencias, a los juegos y fundamentalmente a los protagonistas de ese vaivén discursivo, analista y analizante. Hay malentendido en tanto se funda un *entre* que escapa de las clausuras de los egos y adviene mediante la fisura. En segundo lugar, porque pensar al análisis con niños en sí mismo implica redoblar las reflexiones en torno a una práctica que como tal mantiene su apertura a nuevas ideas y debates con respecto a la herencia conceptual (Rodulfo, 2006). Investigar una articulación posible entre categorías como *malentendido estructural* y *análisis con niños* tuvo la contundente intención de problematizar al psicoanálisis, de devolverle la robusta novedad que el análisis con niños condensa. Conmemorar la audacia de Freud, que en sus tiempos tuvo el valor y la elocuencia de articular dos categorías inimaginables entre sí: infancia y sexualidad.

Este es el valor del recorrido argumentativo del presente trabajo, fundamentar una práctica de la paradoja: sostener mediante la continuidad de los encuentros de las sesiones la discontinuidad de un decir. El psicoanálisis no es una práctica que custodia al sentido común, por el contrario, su avanzar se desplaza en lo extraño al yo. Escuchar esos ecos, eso que no concluye, eso que es tributo a la indeterminación, eso que se repite pero que no se adjudica el carácter de cliché. Escuchar eso. Eso que en ese momento, en ese lugar y entre esos dos, se hace oír. Intersticio para sorprendentes novedades que encaminen el carril hacia otra estación posible. Una experiencia de la excepcionalidad, de la originalidad, donde tal como se propone en la hipótesis de este trabajo, el sujeto se haga espacio.

Jugar como verbo, como un hacer que implica movimiento. Así ocurre con el malentendido estructural, es un *ritmo* discontinuo donde las certezas de la significación vacilan y las soldaduras empiezan a temblar (Ritvo, 2020). El *zoom* puesto sobre el analista y su función indica que sólo éste es el responsable de que un peculiar modo de

hablar se abra paso en el consultorio, de que el lenguaje devenga infantil (Peusner, 2011). No importa tanto lo que se dice sino *que se diga*. El psicoanalista, en tanto se apodere del poder discrecional del oyente y ocupe ese Otro lugar, deviene agente de lo imposible. Comandante de una puntuación afortunada que como tal fecunda toda una paleta de posibilidades, e inaugura una relación otra entre el sujeto y el significante. Puntuación que en el mejor de los casos le devuelva al jugar el estatuto de un decir, y al decir el estatuto de un juego. Un decir que como tal tiene sus suspensos y fundamentalmente una seriedad y autenticidad innegables. Dejar jugar es en definitiva un modo de dejar hablar. *Dejar que eso... juegue*. El decir en tanto jugar sólo tendrá ese estatuto diferencial gracias a un analista dispuesto a jugar, sin desatender que esa disposición implica los requerimientos de la atención flotante y su consecuencia con la regla fundamental, es decir, la invitación a un tipo de discurso, jugado o hablado, cuyas asociaciones se permitan la emergencia de las agudezas y equívocos de lo inconsciente.

Como señala Dufourmantelle (2019): “Suspender es también lo que intenta el analista”. Precisión fantástica que conmemora el tratamiento diferencial que en este trayecto se le ha otorgado al psicoanalista frente a los ideales psicólogos. El analista se despoja de las certidumbres del yo, menos preocupado por formar un decir prolijo que se corresponda a una adecuada evolución del lenguaje en el niño que por habilitar el acontecimiento de la enunciación. El analista sostiene el suspenso y lo vuelve un suspenso de dos. Suspenso en tanto puesta en espera de un saber supuesto y en falta, que no se confunde con el dos-fusión que prima en la dimensión narcisista del amor. Se trata entonces de un suspenso *de dos* que da lugar al *tres*, puesto que incluye a la palabra que dice a medias lo inarticulable del deseo. Juntos se arriesgan a un *dejar*

18

advenir. Dejar en suspenso como un arte incómodo, simultáneamente atrevido y sagaz a la hora de pensar las particularidades de la práctica.

El jugar como un entretejido ficcional, un *como sí* que liquida (al menos por un instante) al *es así*. Un momento donde se autoriza parodiar. Si el jugar tiene valor subjetivante es en la medida en que constituye un momento de hiancia, pausa del hábito cotidiano. Estas contemplaciones conducen a considerar al juego como *otra escena*. La pregunta entonces sobre la relación del jugar con la constitución del fantasma en los tiempos constitutivos del sujeto en el campo del Otro es una cuestión que sigue requiriendo nuevas precisiones, y que abre una senda a nuevas articulaciones e indagaciones. El fantasma, tal como Lacan (2020) lo desarrolla en el seminario *La angustia* [1962-1963], trata de la estructura ficcional de la realidad, marco que cerca los trazos del sujeto y su relación con el Otro, mapeo de desencuentros entre el sujeto y el Otro dirá Marrone (2005), el cual no deja de resonar en las operaciones mismas del juego.

A su vez, la caracterización del psicoanálisis como una erotología que hace Lacan (2020) indica el curso de una vertiente que no ha dejado de insistir en este recorrido: la cuestión del deseo. La continuación de esa vía conlleva necesariamente una puesta en articulación del malentendido estructural y el malentendido sexual, tal como Lacan (s.f.) ya ha advertido y puntualizado en el seminario sobre *Los problemas cruciales para el Psicoanálisis* [1964-1965], donde ubica a este último -en lo imposible del sexo- como causa del primero. En la consideración de las particularidades de los tiempos que corren se torna sumamente necesario e indispensable relanzar una nueva problematización de los fundamentos subyacentes a dicha intersección de malentendidos, especialmente en el campo del análisis con niños. La teoría psicoanalítica en general, así como en este caso la profundidad de las argumentaciones lacanianas, deben poder someterse a las interpelaciones que le dirige la época si pretende mantener su condición subversiva que excluye hacer de la letra, letra sagrada, letra muerta. La sexualidad infantil, una de las novedades más importantes que ha producido la teorización freudiana, precisa continuar

siendo asunto de nuevas discusiones, revisiones e incluso rectificaciones -tal como lo pedía el mismo Freud. ¿Cómo pensar el campo de la sexualidad infantil en la práctica analítica con niños en la actualidad? ¿Qué lugar ocupa en ella la cuestión del malentendido sexual como nudo central del malentendido estructural del lenguaje? ¿Qué nuevas precisiones o torsiones habremos de poder proponer para pensar las complejidades que rondan a esta espinosa cuestión que nos demanda, además, con urgencia?

El trabajo ha acercado cuestiones acerca del mito edípico en articulación al malentendido. Sexualidad y estructura se tornan disparadores para seguir pensando al análisis con niños. En esta medida, también resulta inevitable pensar en el complejo de Edipo y la estructuración del deseo en articulación al (los) malentendido(s). El complejo de Edipo como metáfora paterna es fundamental para pensar el malentendido y el equívoco como las formas con que la palabra, de manera fallida, puede llegar a decir algo de la verdad, siempre a medias, entre-dicha. Una subtrama que se desprende de ello es la relación entre el malentendido y el saber en el análisis con niños. ¿De qué saber se trata?

Todas estas constelaciones son rutas dignas para continuar recorriendo. Lejos de tener la intención de agotar y concluir el tema del ensayo, este escrito perfila a la incesante problematización de las herencias, a escuchar lo ruidoso de la experiencia y a continuar una lectura entusiasta. Seguir leyendo, avivar *la insistencia* de nuevas preguntas y, como diría Charly, estar cerca de la revolución.

Referencias Bibliográficas

- Bello, M. (2019). *¿Qué quiere decir hablar? Introducción al escrito Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*. Rosario: ficha de cátedra.
- Bonoris, B. (2022). *¿Qué hace un psicoanalista?: sobre los problemas técnicos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Coloquio de perros.
- Dufourmantelle, A. (2019). *Elogio del riesgo*. Buenos Aires: Nocturna editora.
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1991). *23° Conferencia. Los caminos de la formación del síntoma*. En Obras completas (Volumen 16). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1992). *Más allá del principio de placer*. En Obras completas (Volumen 18). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1993). *El creador literario y el fantaseo*. En Obras completas (Volumen 9). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- García, G. (1980). *¿Existe un psicoanálisis del infans?*. En *Psicoanálisis. Una política del síntoma*. Zaragoza: Alcrudo editor.
- (2009). *En torno de las identificaciones: claves para la clínica*. Tucumán: Otium ediciones.
- Lacan, J. (2007a). *Mi enseñanza*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007b). *El seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- (2009a). *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2009b). *Variantes de la cura-tipo*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2015). *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del*

psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.

----- (2020). *El seminario. Libro 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.

----- (s.f.). *Los problemas cruciales para el psicoanálisis. Jacques Lacan. Seminario de 1964-1965*. Traducción realizada por Pio Eduardo Sanmiguel Ardila sin fines comerciales. Analítica, Asociación de Psicoanálisis de Bogotá, Colombia. Recuperado de: <https://www.analitica-apb.com/seminario-problemas-cruciales> Marrone, C. (2005) *El juego, una deuda del psicoanálisis*. Buenos Aires: Lazos. Peusner, P. (2011).

Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana en el psicoanálisis con niños. Buenos Aires: Letra Viva.

Ritvo, J. B. (2020). *El malentendido. La naturaleza de la conjetura*. Rosario: Otro Cauce/ Nube Negra.

Rodolfo, R. (1996). *El niño y el significante. Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*. Buenos Aires: Paidós.

----- (2006). *Conferencia a los estudiantes. La apertura del psicoanálisis al acontecimiento*. Secretaría de estudios de posgrado Facultad de psicología, Universidad Nacional de Rosario.

Rodríguez Ponte, R. (1996). *Lo que quiere decir hablar*. Intervención en el seminario "Fundamentos de la Transferencia", dictado con Alba Flesler y Analía Meghdessian. Escuela Freudiana de Buenos Aires, 2 de septiembre de 1996. Recuperado de:

<https://vdocuments.mx/lo-que-quiere-decir-hablar-lo-que-quiere-decir-hablar-si-qui-eren.html?page=1>

Winnicott, D. W. (2013). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa Editorial.

----- (2015). *Exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.